

DETERIORO DE HABILIDADES EMOCIONALES EN LA ALEXITIMIA: IMPLICACIONES EDUCATIVAS

*Silvia Fernández Rivas
Antonio Sánchez Cabaco*

RESUMEN: *En el artículo se aborda una de las cuestiones que ha adquirido mayor relevancia en el campo de investigación de los procesos psicológicos básicos: la importancia de la dimensión emocional de la conducta en los comportamientos de adaptación o salud. Es, desde el punto de vista aplicado, especialmente importante su papel en la situación clínica más característica de este déficit: la alexitimia.*

Además de abordar las dos habilidades más importantes (empatía y expresión/reconocimiento emocional) en la explicación del trastorno se discuten las implicaciones educativas que con una óptica preventiva podrían desarrollarse en el marco escolar. La puesta en marcha de programas destinados a optimizar o paliar este tipo de déficits de inteligencia emocional representan una alternativa eficaz para evitar la cronificación en etapas evolutivas posteriores.

1. ADAPTACIÓN E INADAPTACIÓN EMOCIONAL

La importancia de los estados afectivos y emocionales en cualquier aspecto de la experiencia individual y de la vida humana es un fenómeno de carácter universal que ha estado presente en la literatura psicológica. Debemos tener en cuenta cómo en los inicios de la ciencia psicológica la tendencia en el estudio de los aspectos afectivos, cognitivos y conativos se realizó desde un abordaje de entidades separadas. Sin embargo, en la actualidad se pone de manifiesto cómo los procesos emocionales influyen sobre diversos procesos cognitivos, es decir, se habla de una interacción

entre los procesos cognitivos y los emocionales. Asimismo, existe un creciente interés en el último cuarto de siglo por restituir la importancia de los procesos afectivos (Palmero y Fernández-Abascal, 1998).

Nos centraremos en la contribución que la cognición ha supuesto para la emoción, y a partir de los años sesenta cuando empiezan a considerarse los primeros modelos cognitivos de la emoción (Schachter y Singer, 1962). Estos primeros modelos teóricos consideran que la actividad cognitiva (procesos atribucionales, esquemas de memoria, etc.) contribuye al desarrollo de la reacción emocional. Hasta la década de los setenta no se comienza a tratar la emoción desde la psicología cognitiva (Mandler, 1975). Más adelante, en la primera parte de la década de los ochenta, se plantea la polémica sobre si es la valoración cognitiva del acontecimiento la que determina el surgimiento de la emoción, o de lo contrario, la emoción es anterior a la cognición (Lazarus, 1984; Zajonc, 1980). Así, en la segunda mitad de la década de los ochenta es cuando surge realmente el interés por el estudio de las relaciones entre cognición y emoción.

La conceptualización de la que partimos consiste en la consideración de las emociones como procesos adaptativos que se activan cada vez que el organismo detecta algún peligro o amenaza para su equilibrio. Estos procesos adaptativos ponen en marcha programas genéticamente determinados, que se activan súbitamente y que movilizan coordinadamente una ingente cantidad de recursos psicológicos, fisiológicos y conductuales, con el objeto de anticipar, controlar y asegurar el mantenimiento de la homeóstasis ante el entorno en continuo cambio. Pero las emociones, como tales procesos adaptativos que son, no son estáticas, sino que cambian en función de las demandas del entorno por acción de la experiencia (Fernández Abascal y Palmero, 1999). Son impulsos que nos llevan a la actuación y funcionan como programas de reacción automáticos de los que nos ha dotado la evolución. Etimológicamente emoción proviene del verbo latino “movere” que significa moverse, y con el prefijo “e” indica moverse hacia. Por lo tanto, esto sugiere que en toda emoción hay implícita una tendencia a la acción.

Según Mayor (1998) cabe distinguir una serie de *dimensiones* que caracterizan las emociones. En primer lugar se encuentra el *tono de la emoción* que puede ser positivo o negativo de la experiencia emocional. Esta dimensión es la que mejor define las emociones y se halla en la base de la función motivadora de las mismas. En segundo lugar hay que considerar la *intensidad de la reacción* cuya manifestación se hace a nivel consciente, fisiológico y conductual. Por último, está la *duración temporal de las emociones*, teniendo así tanto reacciones emocionales breves como duraderas.

Los problemas teóricos más importantes, que la psicología aún se plantea en el estudio de las emociones, son fundamentalmente la controversia entre biología y cog-

nición y la cuestión de las emociones básicas. El primer problema no discute la participación de factores biológicos y cognitivos, sino que lo que plantea es si las emociones constituyen un proceso biológico o cognitivo, es decir, cuál tiene primacía en las emociones (Lazarus, 1984; Zajonc, 1984). Por un lado, Zajonc e Izard, que dan primacía a lo biológico, consideran que las emociones son activadas a través de las expresiones faciales (feedback facial), las tasas de descarga neuronal o la influencia de las vías neuronales límbicas. Estos fenómenos surgen del procesamiento subcortical, incluyendo o no la actividad cortical. Por el contrario, Lazarus y James plantean una primacía de lo cognitivo, ya que consideran las emociones como fenómenos psicocognitivos que surgen de influencias cognitivas y requieren de procesos cognitivos antecedentes. Lazarus resalta la importancia de lo que denominó *evaluación perceptiva primitiva*, que consiste en cómo el sujeto, para poder tener una respuesta emocional, tiene que realizar una evaluación cognitiva en función de lo relevante que sea.

Entre ambas posiciones, se formulan distintas posturas intermedias, de entre las cuales destacamos la de Plutchik (1980a) que considera las emociones como un proceso dinámico en el que se integran tanto los aspectos cognitivos como los biológicos. Por otra parte, Buck (1985) admite la existencia de dos sistemas emocionales paralelos que activan y regulan las emociones simultáneamente. Según este autor el biológico es innato y automático, mientras que el cognitivo se adquiere mediante la historia social y cultural de la persona.

El segundo problema teórico en este ámbito plantea si existe un número determinado de emociones básicas o un número ilimitado de ellas. La perspectiva biológica/evolucionista afirma la existencia de unas emociones innatas como la rabia o el miedo, a partir de las cuales se derivan el resto de las reacciones afectivas. De acuerdo a este planteamiento se pone de manifiesto la universalidad de la expresión facial y el reconocimiento de estas emociones básicas en las diferentes culturas. No obstante, frente a esta postura de la universalidad de las emociones y su reconocimiento innato, otros autores abogan por el relativismo de las manifestaciones emocionales y de su reconocimiento (Russell, 1994). A pesar de estas controversias, no existe acuerdo en el número e identidad de estas emociones consideradas básicas. Así, para Plutchik (1980b), estas emociones básicas son el miedo, la ira, la alegría, la tristeza, la aceptación, el asco, la anticipación y la sorpresa. En cambio, Izard (1991) identifica como tales el interés, el placer, la sorpresa, la tristeza, la ira, el asco, el desprecio y el miedo. Mientras que para Ekman (1993) son el miedo, la ira, la alegría, la sorpresa, el asco, la tristeza y el desprecio. Esta última clasificación es la más utilizada en los diferentes estudios sobre emoción.

A la hora de definir la emoción podemos considerar dos aproximaciones. Por un lado la *categorial o discreta*, basada en los planteamientos de Darwin, que considera la existencia de un número concreto de emociones que representan sentimientos y conductas innatas y que tienen como objetivo lograr la adaptación del individuo a las diversas situaciones contextuales. Por otro lado, cabe considerar la aproximación *dimensional*, fundamentada en los trabajos de James, que pretende establecer de manera sistemática las dimensiones de las emociones. A partir de este planteamiento Wundt (1969) propone 3 dimensiones en su “Teoría tridimensional del sentimiento”; placer-displacer, excitación-depresión y tensión-relajación. En la misma línea, Stagner (1948) habla de las dimensiones excitación-depresión y placer-displacer como definitorias para explicar la emoción. Schlosberg (1954) plantea tres dimensiones sobre la base de la expresión facial: placer-displacer, atención-rechazo y activación o dimensión de sueño-tensión.

La dificultad de conceptualizar las emociones se pone de manifiesto en el gran número de definiciones que de ellas se plasman, enfatizándose diferentes aspectos de las mismas. Sin embargo, todas ellas tienen aspectos comunes. Así, para comprender y definir la emoción es necesario el estudio de los niveles de análisis de la emoción: 1) cognitivo-subjetivo, 2) fisiológico, 3) conductual-expresivo y 4) funcional. (véase Cuadro1).

Cuadro 1: Componentes de la emoción (Adaptación de Reeve, 1994).

Aspectos de la emoción	Contribución a la emoción	Medida
Cognitivo-Subjetivo	Sentimiento/Cognición Estado afectivo	Autouniforme
Fisiológico	Arousal Preparación Física	Estructuras cerebrales Sistema Nervioso Autónomo Sistema endocrino
Conductual-Expresivo	Comunicación social	Expresiones faciales Posturas corporales Entonación de la voz Reglas sociales
Funcional	Propósito Dirigido a una meta	Selección de respuestas apropiadas a la situación

Deterioro de las habilidades emocionales en la aleximia

El componente *cognitivo-subjetivo* hace referencia a las vivencias subjetivas; es el estudio de los sentimientos o estados de ánimo que el propio sujeto los designa como emociones. Las experiencias emocionales se evalúan a través de los autoinformes, pero esta medida presenta graves problemas metodológicos ya que el objeto de la observación es el propio sujeto informante.

En segundo lugar, las reacciones emocionales *fisiológicas* son aquellas modificaciones fisiológicas atribuibles a estímulos emocionales, es decir, aquellos que provocan una vivencia de emoción o un comportamiento emocional, o ambas cosas. Estas reacciones fisiológicas implican la actividad de las estructuras cerebrales, el sistema nervioso autónomo y el sistema endocrino y se mide a través de índices como la tasa cardíaca, la conductancia de la piel, la detección de la secreción hormonal, etc., que son denotadores del estado del sujeto.

Por otra parte, el *comportamiento emocional expresivo* se refiere a comportamientos que surgen como reacción a estímulos emocionales. Según esto, los observadores no sólo perciben, sino que interpretan la conducta en un contexto situacional concreto. La manifestación conductual-expresiva es evaluada a través de la observación de los gestos, las posturas corporales, los cambios esquelético-motores, las vocalizaciones, las reglas sociales, etc.

En base a estos componentes de la emoción se han formulado distintas teorías, haciendo cada una de ellas énfasis en alguno de los componentes mencionados. En el siguiente cuadro se exponen algunas de las teorías más representativas dentro del ámbito de la emoción.

Cuadro 2: Componentes de la emoción (Adaptación de Reeve, 1994).

LÍNEA EVOLUCIONISTA	Centrada en la expresión emocional: posturas, gestos y expresiones faciales. Muchas expresiones emocionales no son aprendidas. Las conductas emocionales cumplen una función adaptativa. Continuidad básica de las experiencias emocionales: Animales inferiores - hombre. T^{as} feedback facial, Izard (1971, 1972), Plutchik (1980a), Tomkins (1962).
----------------------------	---

<p>LÍNEA PSICOFISIOLÓGICA</p>	<p>James, 1884 La emoción es la expresión afectiva de una conducta refleja. Cambios corporales: Condición necesaria y suficiente para que se dé una emoción. Cambio corporal experimentado en el momento que se produce: Especificidad psicofisiológica y especificidad individual.</p>
<p>LÍNEA NEUROLÓGICA</p>	<p>Cannon, 1929, 1931 La emoción es una actividad del sistema nervioso central. La actividad automática y somática acompañan a la emoción y preparan para la acción. La actividad fisiológica es general y no específica. Estudio de las estructuras neurales implicadas en la reacción emocional. Papez (1937), MacLean (1970) y Pribram(1984)</p>
<p>TEORÍAS DE LA ACTIVACIÓN</p>	<p>Activación: Dimensión subyacente a la conducta emocional. Activación como fuerza o energía básica para realizar una conducta. Cambios fisiológicos: Índices de la intensidad de las emociones sin tener en cuenta su dirección o cualidad. Teoría de Leeper (1948)</p>
<p>LÍNEA CONDUCTISTA</p>	<p>La conducta emocional se aprende. Situacionismo. Inoculación funcional de los trastornos. Contrastación empírica, metodológica. Desarrollo de teorías de modificación de conducta. Modelo de Condicionamiento Clásico. Watson y Rayner (1920) Modelo bifactorial de Mowrer (1939) Modelo de Condicionamiento Instrumental Modelos de aprendizaje cognitivo Modelo de Inoculación de Eysenck</p>
<p>LÍNEA DINÁMICA</p>	<p>Importancia en la dinámica de los aspectos inconscientes del sujeto en la neurosis. Aspectos dinámicos, estructurales y evolutivos de la personalidad normal y patológica. Tópica 1ª (Inconsciente, preconsciente, consciente), 2ª Tópica (Yo, ello, superyo). Freud La dinámica de estos sistemas produce a veces conflictos que si no se resuelven se manifiestan en forma de síntomas neuróticos.</p>

Deterioro de las habilidades emocionales en la aleximia

LÍNEA COGNITIVA	La conducta emocional es consecuencia de la actividad cognitiva que el sujeto realiza sobre la situación (elaboración, interpretación, atribución, expectativas, etc.). La actividad cognitiva determina la cualidad emocional y también la intensidad. Teoría bifactorial de Schachter y Singer (1962). Teoría de la interpretación cognitiva de Mandler (1975, 1990). Teoría de la valoración cognitiva de Lazarus (1984). Teoría de la atribución de Weiner (Heider, 1958). Teoría de Scherer (1988)
----------------------------	--

Otro aspecto importante dentro del ámbito de la emoción es el que se refiere a la funcionalidad de la misma, la cual posibilita la adaptación del individuo a su entorno. Estas funciones pueden resumirse fundamentalmente en tres: a) adaptativas, b) sociales y c) motivacionales.

La **función adaptativa** de las emociones ya fue propuesta por los teóricos evolucionistas como Darwin (1872) que, desde el supuesto de la universalidad de las emociones entre las distintas culturas, argumentan cómo éstas cumplen una función de adaptación ligada a la supervivencia individual y de la especie. Según esto, las emociones contribuyen a la producción de aquellas conductas dirigidas a ajustar el organismo a los cambios del entorno por lo que su funcionalidad radica en preparar las respuestas apropiadas del organismo a las exigencias concretas del medio.

Asimismo, Izard (1989) considera que las **funciones sociales** más importantes de la emoción son cuatro. En primer lugar las emociones facilitan la comunicación de los estados afectivos, nos permiten comunicar a los demás cómo nos sentimos, ya que las expresiones emocionales son mensajes no verbales de comunicación de gran potencia. Este autor analiza la función comunicativa de la emoción en las observaciones de las interacciones bebé-cuidador ya que, a través de las expresiones emocionales, los bebés comunican de forma no verbal lo que son incapaces de comunicar verbalmente a los demás.

La segunda función se refiere a las expresiones emocionales que regulan la manera en la que los demás reaccionan ante nosotros. El estudio de Huebner e Izard (1988) sobre interacción madre-bebé muestra cómo la expresión emocional de una persona puede provocar reacciones conductuales específicas en otra persona. En esta misma línea, otros autores (Camras, 1977; Coyne, 1976; Fridja, 1986; Klinnert, Campos,

Sorce, Emde y Suejda, 1983) proponen que las expresiones emocionales regulan la manera en que los demás responden a la persona que se está expresando. Sin embargo, no siempre esta regulación es adecuada, sino que a veces se torna contraproducente. Por ejemplo, las personas deprimidas expresan su estado emocional a los demás para conseguir apoyo y consuelo (Coyne, 1976).

La tercera función indica cómo las expresiones emocionales facilitan la interacción social. En muchas ocasiones las expresiones emocionales son motivadas socialmente y no emocionalmente lo que se pone de manifiesto, por ejemplo, cuando las personas sonríen sin realmente sentir felicidad sino que lo hacen para así facilitar la interacción social.

La última función a considerar es que las emociones promueven la conducta prosocial. Así, los sujetos tienden a tener más conductas prosociales (más sociables, más cooperativas, ayudar más a los demás, etc.) si interviene el afecto positivo. Este efecto es bastante complejo ya que influye en diferentes procesos cognitivos como la memoria, el juicio, el pensamiento y la resolución de problemas, que a su vez inciden en la conducta prosocial (Isen, 1984, 1987). Según este autor, la cognición es un proceso activo y constructivo y los sentimientos y motivos del individuo juegan un papel importante tanto en el procesamiento como en la recuperación de la información.

Además, las emociones presentan una *función motivacional*, ya que éstas acompañan normalmente a la conducta motivada. En esta línea hay psicólogos (Izard, 1977; Leeper, 1970; Tomkins, 1962, 1963, 1970) que defienden la posibilidad de que las emociones constituyan el sistema motivacional primario, considerándolas como un tipo particular de motivos con características propias. Esta función es importante ya que muestra la vigilancia selectiva que los sujetos alexitímicos muestran hacia aquellos estímulos relacionados con su alteración emocional.

Como conclusión, estas funciones se encuentran modificadas en los sujetos con rasgos alexitímicos debido a su alteración en el procesamiento emocional. Así, por su dificultad en la expresión y reconocimiento de las emociones propias y ajenas, la función adaptativa de la emoción se encuentra alterada en los sujetos alexitímicos debido a que esas dificultades no posibilitan la adecuada adaptación de las emociones. De igual manera, presentan una disfunción en la función social ya que ésta nos garantiza cómo la emoción es uno de los principales medios de comunicación y los alexitímicos presentan pobres relaciones interpersonales que ponen de manifiesto, principalmente, por su baja capacidad empática. Por último, en los sujetos con rasgos alexitímicos la función motivacional tiene una dirección muy concreta hacia aquellos estímulos emocionales que están directamente relacionados con su trastorno. Para

una revisión sobre los aspectos de la denominada hipervigilancia emocional (selectividad atencional a determinada información relacionada con determinadas emociones) en la alexitimia puede consultarse el trabajo reciente de los mismos autores (Fernández-Rivas y Cabaco, 2002)

2. EMPATÍA COMO HABILIDAD EMOCIONAL

En las últimas décadas, el estudio del desarrollo moral ha estado guiado principalmente por dos teorías psicológicas: la *Teoría del desarrollo cognitivo de Kohlberg* (Pérez-Delgado y García-Ros, 1991) y la *Teoría de la socialización moral de Hoffman* (Gibbs, 1991; Hoffman, 1990). Según la **Teoría de Kohlberg**, la cognición es fundamental en la moralidad. El razonamiento moral tiene lugar a partir del desarrollo del pensamiento lógico y de la habilidad para ponerse en el lugar del otro. Para este autor, la cognición es motivacionalmente primaria, manteniéndose el afecto en un plano secundario. Por todo ello, las construcciones cognitivas socio-morales por sí mismas pueden motivar la conducta.

Por otra parte, la **Teoría de Hoffman** pretende integrar el afecto y la cognición. Según este planteamiento es la empatía la que juega un papel principal en la conducta moral, siendo el desarrollo de la misma la que determina el desarrollo moral. Para que el sujeto se motive ante cualquier información acerca de otro o de una situación se debe activar una predisposición empática. Asimismo, afirma que la empatía es un proceso motivacional en donde se da una motivación hacia los problemas de los otros y que ésta se desarrolla en paralelo a los estadios del desarrollo cognitivo social de los individuos. El desarrollo de este proceso empezaría con un sentimiento global empático ya que el niño no establece diferenciación entre el yo y el otro; a partir de aquí se avanzaría a estadios más complejos en los que ya hay una clara conciencia de las entidades físicas distintas del yo que se mantienen como estados independientes del propio sujeto. Así, en este nivel maduro de empatía el sujeto está más influenciado por la condición vital del otro que por la situación inmediata (Hoffman, 1990). Pero este autor, como comentábamos anteriormente, postula una teoría que integra lo afectivo y lo cognitivo. De esta forma, la calidad de la experiencia empática estaría modulada por diferentes aspectos cognitivos como las atribuciones causales más relevantes de cada uno, el sentido cognitivo que se tiene de los otros, el conocimiento que uno tiene de ser imparcial, etc.

Ambos puntos de vista, el de la cognición y el afecto en la moralidad no son excluyentes, sino que ambos son importantes para la motivación moral así como para

el desarrollo moral y la conducta. Además, entronca con otro concepto muy relevante relacionado con esta dimensión de la conducta: la empatía.

Titchener, en la década de los veinte, definió por primera vez el término empatía considerándola como resultado de una especie de imitación física del malestar del otro que evoca el mismo sentimiento en uno mismo. Diferentes autores han intentado definir este constructo, señalando la importancia del componente emocional y afectivo del mismo. Así, Hogan (1969) la define como una habilidad para comprender la situación del otro; Hoffman (1990, 1992) la explica en base a una respuesta afectiva más acorde con la situación de otro que con la de uno mismo. Bryant (1992) señala por su parte que la toma de perspectiva social incluye la comprensión cognitiva de los sentimientos y motivaciones de otros y, como tal, es una destreza instrumental. La empatía, por otro lado, entraña responsividad emocional a los sentimientos experimentados por otros representando una experiencia expresiva. Las diferentes definiciones que se dan de empatía incluyen tanto procesos cognitivos como afectivos y hacen referencia a la importancia del factor motivacional de la conducta prosocial y altruista en el proceso empático.

Davis (1983) presenta una perspectiva multidimensional de la empatía, en la que intervienen diferentes factores. En primer lugar, uno de los factores más cognitivos de la empatía es la *toma de perspectiva*, es decir, la capacidad para ponerse en el lugar del otro e identificarse con él. Otro factor, la *fantasía*, implica una capacidad de representación mental e imaginación y hace referencia a la tendencia del sujeto a introducirse imaginativamente en los sentimientos y acciones de personajes ficticios, películas o juegos. Por último, los componentes más emocionales de la empatía son la *preocupación empática*, que describe los sentimientos de simpatía y preocupación orientados a otro que se encuentra en una situación negativa y el *malestar personal* que se refiere a los sentimientos de ansiedad personal orientados al yo que se producen en situaciones de tensión interpersonal.

En este mismo sentido, destacamos el papel de la inteligencia emocional en el proceso empático. La inteligencia emocional es un tipo de procesamiento de la información emocional que incluye aspectos como la valoración de emociones de uno mismo y de los demás, la apropiada expresión de las emociones, así como la regulación adaptativa de la emoción (Salovey y Mayer, 1990). De acuerdo a la perspectiva de la inteligencia emocional, el poseer estas habilidades indica una adaptabilidad emocional bien ajustada. Goleman (1996) propone una serie de características definitorias de la inteligencia emocional: la capacidad de motivarnos, de perseverar en el empeño a pesar de las frustraciones, de controlar impulsos, de regular nuestros pro-

pios estados de ánimo, de evitar que la angustia interfiera en nuestras facultades racionales y, por último, de empatizar y confiar en los demás.

En esta misma línea, Gardner hace una diferenciación entre inteligencia interpersonal e intrapersonal. La primera de ellas hace referencia a la capacidad de comprender a los demás; supone la capacidad de discernir y responder apropiadamente a los estados de ánimo, motivaciones y deseos de las demás personas mientras que la segunda constituye el conocimiento de uno mismo, es decir, la capacidad de establecer contacto con los propios sentimientos, discernir entre ellos, etc. (Gardner y Hatch, 1989).

En los últimos años, un número cada vez mayor de investigadores han llegado a conclusiones similares a las de Gardner, coincidiendo en que la clásica teoría del cociente de inteligencia (CI) se ocupa sólo de una limitada serie de habilidades, apareciendo así esta perspectiva de la inteligencia como un constructo más personal o emocional. A partir de este replanteamiento, Salovey y Mayer (1990) proponen cinco competencias principales, que como veremos tienen una estrecha relación con la empatía, y como indican algunas investigaciones, es un área deficitaria en aquellas personas consideradas alexitímicas. En primer lugar, el conocimiento de las propias emociones es la competencia que se refiere a la capacidad de reconocer un sentimiento en el mismo momento en el que aparece, lo que resulta crucial para la comprensión de uno mismo. Sin embargo, la incapacidad de percibir los propios sentimientos, característica de los alexitímicos, se presenta como un rasgo desadaptativo. La segunda competencia es el reconocimiento de las emociones ajenas donde se asienta la capacidad empática. Las personas empáticas suelen sintonizar con las señales sociales sutiles que indican qué necesitan o qué quieren los demás y esta capacidad les hace más aptos para el desempeño de las relaciones interpersonales. Estas dos competencias son en las que los sujetos alexitímicos presentan mayores dificultades.

Otra competencia también importante es la capacidad de controlar las emociones, que se relaciona directamente con la conciencia de uno mismo, ya que ésta es una habilidad básica para el control de nuestros sentimientos y la posterior adecuación. La falta de esta habilidad crea constantes tensiones desagradables. En cuarto lugar propone la capacidad de motivarse a uno mismo; el autocontrol emocional que constituye es determinante para cualquier logro y es esencial para mantener la motivación, la atención y la creatividad. Por último, es necesario el control de las relaciones y éste se basa principalmente en la habilidad para relacionarnos adecuadamente con las emociones ajenas.

Parece pues que el reconocimiento de la expresión emocional en el otro, así como la expresión adecuada de las emociones propias pueden significar un ajuste o desadaptación al medio. Al ser habilidades fundamentales, cuando esta situación se hace clínica como en la alexitimia, su relevancia es mayor. Dedicaremos el siguiente apartado a realizar un análisis más exhaustivo de la interrelación de esta habilidad con los déficits del alexitímico.

3. EXPRESIÓN Y RECONOCIMIENTO DE LAS EMOCIONES

Expresión facial de las emociones

Uno de los aspectos más importantes de la conducta emocional es la expresión de las emociones y, concretamente, la expresión facial de las mismas. La expresión de las emociones tiene un carácter funcional que facilita la adaptación del individuo a su medio, preparando de esta manera al organismo para que ejecute la respuesta necesaria ante una situación determinada. Asimismo, contribuye a la optimización de la relación con los demás, pues permite al ser humano comunicar sus propias emociones y reconocer la de los otros. Por otra parte, cabe destacar la relación existente entre la expresión de las emociones y la reactividad fisiológica, considerada como una de las características principales de la respuesta emocional a la activación autonómica.

Con respecto al estudio experimental sobre la expresión facial de las emociones se pueden distinguir dos corrientes de investigación (Chóliz, 1995). La primera de ellas, que surge de los estudios de Darwin, asume que tanto la expresión como el reconocimiento de las emociones básicas son universales e innatas, mientras que la otra corriente parte de la discusión sobre la existencia de emociones básicas de las que se generarían el resto de las emociones, indicando cómo el reconocimiento de las emociones está afectado por otro tipo de variables como el contexto en el que se produce la expresión. Según esto, estamos ante la gran controversia sobre herencia-medio o, lo que es lo mismo, la importancia de lo innato versus lo adquirido.

El estudio de la expresión facial de las emociones ha pasado por tres períodos importantes. El *origen* viene marcado por la publicación de la obra de Darwin, *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*, donde destaca la idea del carácter innato de la expresión de las emociones así como el hecho de que se trata de características evolucionadas filogenéticamente de otras reacciones adaptativas presentes en organismos anteriores. En un *segundo periodo* (de 1914 a 1940), autores como Allport (1924), Boring (1950) y Woodworth (1918) concluyen que la expresión emocional tiene un carácter indefinido, mientras que el contexto se considera la varia-

ble principal para inferir la experiencia emocional. Por último, en la *tercera etapa* (de 1940 a 1960) se produce un desinterés sobre el tema que se pone de manifiesto con la ausencia de investigaciones relevantes.

Entre los autores más representativos en las investigaciones sobre este tema destacamos a Ekman e Izard, que mantienen posturas neodarwianas tanto a nivel conceptual como metodológico (Chóliz y Tejero, 1995). Los postulados más destacados fueron la asunción del carácter adaptativo de la expresión de las emociones, evolucionando desde patrones de comportamiento filogenéticamente anteriores, la idea de que ciertas emociones se expresan mediante patrones de respuesta facial característicos y propios de cada una de ellas y que dicha configuración puede ser identificada por cualquier ser humano sin necesidad de haber tenido un proceso de aprendizaje. A nivel metodológico, la influencia de Darwin está todavía latente, pues los diseños actuales de investigación son idénticos a los que desarrolló el autor hace más de un siglo. Estos estudios se realizan con muestras de bebés, niños e individuos de diferentes culturas y ciegos de nacimiento, para así demostrar la hipótesis del innatismo y la universalidad del reconocimiento y la expresión de las emociones básicas.

Por otra parte, las teorías psicoevolutivas asumen que la función de comunicación social influye en la evolución de la propia expresión facial (Andrew, 1965; Chóliz, 1995), así como el hecho de que ésta permite a los sujetos valorar el estado emocional y facilitar la conducta adecuada a dichas condiciones (Ekman, 1993; Plutchik, 1980a). Según esto, la capacidad para modificar la expresión facial para mostrar una falsa impresión del estado emocional puede ser por un lado adaptativa o, de lo contrario, condicionar las respuestas de los demás en la dirección deseada. De esta forma, se establece una diferencia entre la emoción genuina o simulada que consiste en que esta última es más asimétrica, es decir, presenta más irregularidad en la contracción muscular e incluso hay componentes que no existen en la expresión genuina.

De entre los diferentes procedimientos en la simulación de una expresión, el más usual es sugerir que se realicen una serie de movimientos faciales que intenten demostrarla o bien que se evoquen experiencias pasadas propias de una experiencia emocional similar, denominada *Técnica de Stanislawski*. Con todo, parece que en la simulación de las emociones no se expresan todos los rasgos característicos de la misma, e incluso, en muchos casos aparecen rasgos propios de otras emociones. Esto tiene su explicación en la existencia de gran variabilidad individual en la expresión de las emociones (Ekman y Friesen, 1982). En cualquier caso, se constata una alta variabilidad individual y diferencias en la capacidad para expresar diferentes emociones simuladas entre los propios actores (Wallbot y Scherer, 1986).

En la expresión de las emociones, la actividad de la musculatura facial es la variable principal. Así, los sistemas de puntuación facial más conocidos son el FACS (Facial Action Coding System) de Ekman y Friesen (1978) y el MAX (Maximally Discriminative Facial Movement Coding System) de Izard (1979). Ambos métodos consisten en determinar una serie de posiciones de los músculos faciales que son los que distinguen a cada una de las emociones. La variable más importante en estos sistemas de codificación de la expresión facial es la actividad muscular, quedando en segundo plano otros componentes de la emoción como la frecuencia cardíaca, la presión sanguínea, etc.

Universalidad de la expresión facial

La expresión facial de las emociones es un tema de gran controversia, ante el cual se enfrentan dos posturas: la innatista y de la universalidad (concibe la expresión facial como una condición suficiente y necesaria para que se produzca la identificación de la emoción), mientras que otros establecen que la concurrencia de otras variables modifica dicho reconocimiento. Desde este planteamiento se pretende comprobar la existencia de emociones básicas, universales e innatas tanto en la expresión como el reconocimiento de las mismas. Autores como Tomkins (1962, 1963), Ekman (1984) e Izard (1977) defienden la existencia de una serie de emociones básicas que son innatas y universales y de las que se derivan el resto de las emociones. La diferencia entre ellas no puede establecerse en términos cuantitativos sino cualitativos. Izard (1991) propuso una serie de características que debe cumplir toda emoción básica: presentar una configuración facial característica y propia, tener un sustrato neural específico, estar relacionada con sentimientos determinados y únicos, derivar de procesos biológicos evolutivos y tener propiedades motivacionales y organizativas de funciones adaptativas. De todas ellas, la primera característica es la más importante para definir las categorías emocionales como básicas.

El argumento de la existencia de emociones básicas en el reconocimiento universal de la emoción fue expuesto en primer lugar por Tomkins en 1962 y, posteriormente, por algunos autores, especialmente en los grupos de Izard y Ekman. Éstos apoyan su tesis en el supuesto darwinista de que la expresión y el reconocimiento de las emociones básicas es universal. Este puente, según Oatley y Jenkins (1992), muestra la relación entre la experiencia de la emoción y la expresión emocional. El problema que se plantea es determinar cuáles son esas emociones básicas (Ortony y Turner, 1990). Autores como Izard (1991) consideran como básicas las siguientes

Deterioro de las habilidades emocionales en la aleximia

emociones: placer, interés, sorpresa, tristeza, asco, ira, miedo y desprecio, mientras que Ekman, Friesen y Ellsworth (1972) proponen seis emociones básicas (alegría, sorpresa, miedo, tristeza, ira y asco). Otros autores (Ortony y Turner, 1990) cuestionan, incluso, la existencia de estas emociones básicas al no haber entendimiento entre los autores al respecto, lo cual se debería a que dan diferentes denominaciones aunque en realidad se refieren a la misma cualidad emocional. Sin embargo, Ortony y Turner explican la existencia de tales emociones básicas alegando que algunas emociones se encuentran presentes en todas las culturas e incluso en animales superiores y que algunas otras tienen un importante valor en la supervivencia de las especies.

Como hemos comentado anteriormente, un aspecto concreto de esta problemática es la cuestión de la universalidad de la expresión facial de las emociones, abordada principalmente desde dos líneas; una, la que sostienen Ekman e Izard como defensores de la universalidad de la expresión facial, y otra, la tesis de la relatividad de Russell que mantiene que el contexto modula e, incluso, modifica el reconocimiento de dicha expresión emocional (Ekman, 1994; Izard, 1994; Russell, 1994).

Centrándonos en la hipótesis de la universalidad de la expresión facial, existen evidencias de cómo los sujetos reconocen e identifican con exactitud las diferentes emociones independientemente de su nivel social, edad, sexo o diferencia cultural (Ekman, 1973, 1989, 1994; Ekman, O'Sullivan y Matsumoto, 1991a, 1991b). Así pues, los resultados de estos estudios indican que el reconocimiento se produce de forma universal y fiable. Sin embargo, otros autores encuentran que diferentes variables, como el contexto en el que se da la expresión emocional, influyen en el reconocimiento de dicha expresión facial hasta el punto de que una misma expresión, dependiendo de la información suministrada por el contexto, puede ser interpretada de maneras diferentes (Russell 1991a, 1991b, 1991c; Russell y Fehr, 1987).

Ante estas dos posturas, consideramos que tanto el contexto como la expresión facial en sí misma no son dos variables contradictorias ni independientes, sino más bien dos aspectos fundamentales en el reconocimiento de la expresión facial de las emociones, es decir, el reconocimiento de una determinada emoción es consecuencia de la interrelación entre ambas. La influencia de una u otra en el reconocimiento de la emoción dependerá de numerosas variables que determinarán cual de las dos fuentes de información es más relevante para cada caso (canal en el que se expresa la emoción, metodología, etc.).

Reconocimiento de la expresión facial

La expresión facial es uno de los indicadores primordiales de la emoción y el reconocimiento de la misma es común a todos los seres humanos de diferentes culturas, apareciendo incluso desde la infancia (Ekman, 1989; Izard, 1980). No obstante, existen menos conocimientos sobre los procesos que intervienen en el reconocimiento de las emociones y sobre qué hacen los sujetos para identificarlas (Wallbott, 1991). De entre las escasas explicaciones dadas a este fenómeno, una de las más importantes es la del impulso de imitación, según la cual aprendemos cómo ciertas sensaciones que se producen al realizar diferentes movimientos faciales están relacionadas con un estado emocional determinado. Al observar una determinada expresión facial se produce una tendencia a imitarla por lo que las sensaciones que se generan serían algunas de las variables principales en el reconocimiento de dicha expresión facial (Chóliz, 1995; Wallbott, 1991). Esta explicación se pone de manifiesto en los diferentes experimentos que muestran cómo al observar una expresión facial se produce una imitación de los gestos (Dimberg, 1988; Vaughan y Lanzetta, 1980). Autores como Buck (1988), Laird (1974) y Tourangeau y Ellsworth (1979) presentan explicaciones en esta misma línea.

Ya analizamos anteriormente que entre la expresión y el reconocimiento de las emociones no se establece una relación biunívoca, dado que una única expresión facial puede significar reacciones afectivas diferentes según las variables implicadas en el proceso (ya sea la expresión de una emoción determinada como una objetivamente neutra). A la hora de reconocer la expresión facial hay que tener en cuenta la influencia de los siguientes factores (Chóliz, 1995).

El estado emocional del observador. Schiffenbauer (1974) afirma que la cualidad de la emoción que experimenta el observador puede influir tanto en el reconocimiento de la expresión facial de otros, como en la intensidad de dicha reacción emocional. Según esto, la expresión facial sería congruente con la propia reacción afectiva y la intensidad de dicha emoción está directamente relacionada con el grado de activación del observador.

El feedback de la ejecución. La capacidad para el reconocimiento de la expresión facial puede optimizarse mediante procesos de aprendizaje. Podemos optimizar el reconocimiento de las expresiones si en la ejecución suministramos información al sujeto acerca de la eficacia en la identificación de la emoción. Se constata que cuando suministramos feedback en el reconocimiento de emociones como felicidad, tristeza y miedo, la identificación posterior de diferentes expresiones de dichas categorías es mucho más eficaz que si no se suministra dicha información. En esta línea, Beck

Deterioro de las habilidades emocionales en la aleximia

y Feldman (1989) realizaron un estudio en el que presentaban unas emociones en video y suministrando feedback de las emociones expresadas, comprobaron que esto favorecía el reconocimiento posterior de las mismas en contextos diferentes. Por lo tanto, es importante considerar que el feedback de la emoción, así como el entrenamiento en habilidades de comunicación no verbal, favorecen el reconocimiento de las expresiones emocionales al igual que mejoran la ejecución de las mismas.

Imitación y modelado. La imitación y el modelado juegan un papel primordial en la decodificación de las emociones, siendo un proceso que se produce desde edades tempranas, lo cual ya fue puesto de manifiesto por Darwin (1872). Más recientemente se encuentra constatación a este fenómeno en un estudio llevado a cabo por Wallbott (1991) en el que presentaba a los sujetos diferentes expresiones emocionales en diapositivas mientras se grababa en video al sujeto que las observaba. Dos semanas más tarde se le presentaba al sujeto su grabación, pidiéndole que identificara a partir de la expresión de su propio rostro, la expresión facial de la diapositiva. Se pretendía comprobar si, al observar diferentes expresiones faciales, existía imitación de las mismas por el sujeto y si ésta era suficiente como para ser detectada y reconocida como una emoción determinada. Se observó un alto grado de reconocimiento de las imágenes de video; sin embargo, este grado de reconocimiento dependía del tipo de emoción observada, siendo más fácil reconocer expresiones faciales de felicidad e ira que de miedo.

Influencia del contexto. La identificación de una expresión determinada puede verse afectada por el contexto en el que se desarrolle o encuentre. Existe un número determinado de cualidades emocionales relacionadas para cada emoción que son las que pueden verse afectadas por factores como el contexto. Por tanto, podemos encontrar tres situaciones diferentes: que algunas de ellas se confundan entre sí con mucha frecuencia; que en otras sólo ocurra esto en determinadas condiciones o que en otras nunca se produzca tal intercambio.

Diferencias individuales. La expresión facial puede revelar el estado emocional de cada persona, sin embargo, se dan considerables diferencias individuales en la habilidad para reconocer dichos estados emocionales (Rosenthal, 1979). Estas diferencias se aprenden mediante la socialización. Un ejemplo de estas diferencias individuales se puede observar fácilmente en la capacidad de imitación de las emociones que se perciben (Field y Walden, 1982) gracias al reconocimiento de la expresión facial.

Sesgos. Cuando se produce la identificación de una expresión facial se realiza la categorización de la misma. De esta manera, en el futuro existirán sesgos al volver a

presentarse la misma expresión facial y su identificación se basará en la categorización inicial, sea ésta correcta o no. Este sesgo se produce debido a que la memoria para estímulos sociales está influida por etiquetas verbales. Para algunos autores cuanto mayor es el lapso de tiempo transcurrido, mayor importancia adquiere dicha etiquetación en los procesos de percepción (Woll y Martínez, 1982). De todas formas, debemos tener en cuenta que este sesgo será menor cuanto menos distinguible sea la expresión facial que lo provoca y que, por lo tanto, se producirá difícilmente en emociones desagradables. Cabe preguntarse si estos sesgos forman parte de un fenómeno global o de un fenómeno con un mayor carácter individual o personal.

Expectativas y atribuciones sobre el estado emocional. El reconocimiento de las emociones está íntimamente relacionado con una situación de referencia. Así, este reconocimiento puede verse afectado por variables adicionales, de entre las cuales la atribución que tenga el observador acerca del estado emocional de quien está expresando dicha emoción, será una de las más importantes.

Dado el conjunto de factores que intervienen en el reconocimiento de la expresión facial en situaciones de normalidad, la cuestión es aún más compleja cuando hay una distorsión cognitiva como en el caso de la alexitimia. Estas dificultades inherentes del procesamiento anómalo de la información en los sujetos afectados por esta patología y su interrelación con la habilidad empática (aspectos estrechamente relacionados) serán objeto de un análisis más amplio en el apartado siguiente.

4. HABILIDAD EMPÁTICA Y RECONOCIMIENTO EMOCIONAL EN LA ALEXITIMIA

Las investigaciones indican que existe una relación entre habilidad empática y alexitimia en la que los niveles altos de alexitimia presentan baja habilidad empática (Parker, Taylor y Bagby, 1993b). En esta línea, Lane y Schwartz (1987) proponen que la disminución en la capacidad empática en los alexitímicos es debida a los déficits en la representación mental de las emociones, así como a la dificultad de elaborar fantasías y describir verbalmente los sentimientos. La habilidad para empatizar con los demás puede estar relacionada con la dificultad de percibir y comprender expresiones faciales y otras no verbales de la emoción.

Por otra parte, Mayer, DiPaolo y Salovey (1990) consideran la empatía como uno de los aspectos de la inteligencia emocional y proponen que ésta es un tipo de procesamiento de la información emocional que incluye la valoración exacta y la expresión de las emociones propias y de los demás, así como la regulación de la emoción. Según

Deterioro de las habilidades emocionales en la aleximia

esto, es una habilidad general para percibir los contenidos emocionales de los estímulos que estaría estrechamente relacionada con la habilidad de responder empáticamente a los demás. El conocimiento, de que cualidades como la empatía involucran a habilidades bien definidas en lugar de sólo actitudes y sentimientos, sugiere que los individuos con dificultades interpersonales podrían sufrir, no de problemas de actitud, sino de déficits de habilidades que pueden evaluarse y mejorarse. Así, Taylor, Parker y Bagby (1999) analizan la relación entre el constructo alexitimia y la inteligencia emocional, indicando cómo ésta correlaciona con la actividad funcional de las zonas del cerebro encargadas del procesamiento cognitivo de la emoción. En un estudio posterior de Parker, Taylor y Bagby (2001) constatan que la relación establecida entre estos constructos es inversa, es decir, niveles altos de alexitimia se asocian con niveles bajos de inteligencia emocional.

Sin embargo, y aunque los resultados del estudio de Fernández-Rivas (2001) no apoyan los datos anteriormente expuestos, es importante señalar que solamente en una de las subescala (Toma de Perspectiva) del Índice de Reactividad Interpersonal (Davis, 1983) los sujetos con alta alexitimia presentaban baja capacidad empática. Esta subescala según Davis (1983) es una de la que implica niveles de desarrollo cognitivos superiores. Según Fernández-Rivas (2001) estos datos contradictorios pueden explicarse en función de las diferencias de la medida de evaluación de la empatía empleada por los estudios. Parker y cols. (1993b) no utilizan ninguna medida de la empatía; simplemente deducen que los sujetos alexitímicos, al no tener una buena capacidad de reconocimiento de las emociones, presentarán dificultades para comprender las expresiones faciales de los otros y mostrarán una baja habilidad empática. Mayer y cols. (1990) utilizan la Escala de Empatía Emocional de Mehrabian y Epstein (1970) constituida por 33 ítems y 6 subescalas (susceptibilidad al contagio emocional, apreciación de sentimientos de personas distantes y no familiares, sensibilidad emocional extrema, tendencia a conmovirse con las experiencias emocionales positivas de otros, tendencia a conmovirse con las experiencias emocionales negativas de otros, tendencia a simpatizar y buena voluntad para estar en contacto con personas que tienen problemas). Y por último, Fernández-Rivas (2001) utiliza el inventario IRI (Índice de Reactividad Interpersonal de Davis, 1983) constituido por cuatro subescalas (Toma de Perspectiva, Fantasía, Preocupación Empática, y Distrés Personal. Por lo tanto, parece necesaria una mayor investigación que clarifique la adecuación de los instrumentos para el estudio del constructo empatía.

Asimismo, con respecto a la diferencia en el *reconocimiento de las emociones entre sujetos alexitímicos y no alexitímicos* existe controversia en las investigaciones,

encontrándose resultados a favor (Jessimer y Markham, 1997; Lane, Schrest, Riedel, Shapiro y Kaszniak, 2000; Lane, Schrest, Riedel, Weldon, Kaszniak y Schwartz, 1996; Mann, Wise, Trinidad y Kohanski, 1994; Parker, Taylor y Bagby, 1993b) y en contra (Berenbaum y Prince, 1994; Fernández-Rivas, 2001; Mayer, DiPaolo y Salovey, 1990; McDonald y Prkachin, 1990).

Parker et al. (1993b) analizan la relación entre alexitímicos y la habilidad para identificar expresiones faciales y suponen que niveles altos de alexitimia deben asociarse con baja habilidad para identificar la expresión emocional. En su estudio utilizaron una muestra de 216 sujetos (131 mujeres y 85 hombres), los cuales tenían que realizar una tarea de identificación de emociones. Para ello utilizaron fotografías en blanco y negro de expresiones faciales tomadas de las propuestas por Izard en 1971 (angustia, desprecio, sorpresa, interés, vergüenza, enfado, miedo, repugnancia y disfrute). Como hemos comentado anteriormente, relacionaron esta dimensión con la habilidad empática, ya que para empatizar con las expresiones faciales de otros es necesario la percepción y comprensión de las mismas. También analizaron las posibles diferencias de género en el reconocimiento de las expresiones emocionales. Los resultados mostraron cómo la alexitimia se asocia con un déficit en la habilidad para el reconocimiento de la expresión emocional. Los sujetos considerados con “alta alexitimia” en el TAS-20 muestran menos capacidad para el reconocimiento de expresiones emocionales que los de “baja alexitimia”. Pero no son significativas las diferencias entre los niveles moderados de alexitimia y los de baja alexitimia y entre moderado y alto. Esto es consistente con el punto de vista de que la alexitimia es una dimensión de rasgo de personalidad o un continuo, no una cuestión de todo/nada. Otro dato a destacar es que aunque los hombres tienen puntuaciones más altas en alexitimia, no hay diferencias de género en la capacidad de identificación de la expresión emocional. Estos resultados sugieren la presencia de déficits en la percepción de aspectos no verbales de la emoción en los sujetos alexitímicos. En la misma línea, Mann y cols. (1994) encuentran una asociación similar entre alexitimia y baja exactitud en el reconocimiento de la expresión emocional en una muestra de 62 trabajadores de un centro médico.

Por otra parte, Lane et al. (1996) con una muestra de 380 sujetos (196 mujeres y 184 hombres) pretenden comprobar si la alexitimia está asociada con una pobre habilidad para el reconocimiento de la estimulación emocional, al igual que constatar si este déficit se debe sólo a un fenómeno verbal o es que existe un deterioro en la representación simbólica de la emoción. Utilizan, como todos los estudios descritos, el TAS-20 para evaluar la alexitimia y para medir el reconocimiento de las emociones

Deterioro de las habilidades emocionales en la aleximia

emplean el PAT (Perception of Affect Task) que combina aspectos verbales y no verbales de la emoción. Los resultados son consistentes con los de los estudios anteriores ya que indican que la habilidad para reconocer emociones disminuye a medida que aumentan los niveles de alexitimia. Asimismo, indican que decrece tanto la habilidad verbal como la no verbal, por lo que la dificultad para poner palabras en las emociones es sólo una manifestación de un deterioro general en la capacidad de codificación y transformación de la información emocional.

El estudio de Jessimer y Markham (1997) también confirma estos hallazgos. Estos autores basan su estudio en la idea de que existe una relación entre alexitimia y niveles de actividad hemisférica derecha ya que los déficits del reconocimiento afectivo en la alexitimia se relacionan con el procesamiento del hemisferio derecho. Emplearon una muestra de 180 sujetos y la estimulación emocional utilizada fueron las emociones propuestas por Ekman. Concluyeron que los sujetos con altos niveles de alexitimia tienen menos capacidad para identificar las expresiones emocionales de las caras. Estos resultados son consistentes con la hipótesis de que los sujetos con niveles altos de alexitimia presentan menor actividad en el hemisferio derecho y sugieren que éste está más especializado para procesar emociones negativas y el izquierdo positivas.

Por último, Lane y cols. (2000) comparan la habilidad en el reconocimiento de emociones, tanto en alexitímicos como en sujetos con estilo de coping represivo. Utilizaron una muestra de 379 sujetos, evaluando la alexitimia con el TAS-20 y el reconocimiento de la emoción mediante el PAT (ya empleado en el estudio de 1996 comentado anteriormente). Los resultados indican que tanto la alexitimia como los estilos represivos se asocian con deterioros en el reconocimiento de las emociones y que este deterioro no es tanto una cuestión de precisión sino de magnitud.

Sin embargo, otros estudios no constatan estos resultados. Así, Mayer et al. (1990) pretenden examinar en los alexitímicos las habilidades para reconocer el contenido emocional de caras, colores y dibujos. Esto lo fundamentan en que el sistema perceptivo emocional de los seres humanos es un sistema general que no está programado para percibir solamente afecto en patrones faciales estereotipados, sino que puede también evaluar el contenido emocional de colores y dibujos. Además, relacionan estos aspectos con sus habilidades para empatizar con los demás. Para ello emplearon una muestra de 139 hombres y mujeres de edades comprendidas entre los 17 y 63 años. Como materiales utilizaron "The Emotional perception questionnaire" que contenía 6 caras (Ekman y Friesen, 1975), 6 colores y 6 dibujos; posteriormente, una escala de empatía (Mehrabian y Epstein, 1970), la escala de alexitimia y el inventa-

rio de personalidad de Eysenck (1973). Los resultados muestran que no hay diferencia entre alexitímicos y no alexitímicos en la exactitud en el reconocimiento de la emoción en las caras humanas.

Por otra parte, McDonald y Prkachin (1990) realizaron un estudio con una muestra de 20 sujetos seleccionados de entre 498 universitarios en los que pretendían analizar cómo la alexitimia puede asociarse a un déficit en el registro, procesamiento y expresión de la emoción. Según esto, sugieren que los sujetos alexitímicos son más pobres en el reconocimiento de expresiones emocionales y muestran un déficit en expresión de emociones tanto espontáneas como intencionadas. Los resultados a los que llegaron no concuerdan con los expuestos hasta ahora, ya que éstos sugieren que no existen diferencias entre alexitímicos y no alexitímicos en el reconocimiento de la expresión emocional. No obstante, estos resultados pueden ser cuestionables ya que la muestra era poco representativa (20 sujetos por grupo) y la medida de alexitimia utilizada, la Escala de Sifneos (SSPS), no presenta unos buenos índices de fiabilidad.

También es importante otra de las investigaciones en contra de esta relación (Berenbaum y Prince, 1994). Estos autores pretendían investigar las relaciones entre alexitimia y a) predisposición hemisférica, b) exactitud de interpretación en la información emocional relevante y c) estilo de interpretación de esta información. Respecto a las conclusiones que obtuvieron podemos decir, en primer lugar, que son similares a las de Parker, Taylor y Bagby (1992), que sugieren que altos niveles de alexitimia se asocian con bajos niveles de actividad en el hemisferio derecho y, en segundo lugar, que no encuentran evidencias de asociación con la exactitud de la interpretación de la información emocional relevante.

Fernández-Rivas (2001) tampoco encuentra diferencias de rendimiento en tareas de reconocimiento de la expresión emocional entre sujetos con alta y baja alexitimia. En su estudio desarrolla una prueba de identificación de expresiones emocionales computerizada donde los estímulos seleccionados consistían en 6 fotografías en blanco y negro de modelos masculinos y femeninos que expresaban las emociones básicas de Ekman y Friesen (1975). Los resultados encontrados mostraban un rendimiento similar en todos los grupos.

Según lo expuesto, la mayoría de los estudios (Lane y Schwartz, 1987; Mayer, Parker y Salovey, 1990; Parker, Taylor y Bagby, 1993b) coinciden en afirmar que los sujetos alexitímicos presentan una baja habilidad empática. No ocurre lo mismo con respecto al tema del reconocimiento emocional en la alexitimia, ya que no hay acuerdo entre los diferentes autores. Mientras unos postulan que los alexitímicos presentan una peor habilidad en el reconocimiento de la expresión emocional que los no alexi-

Deterioro de las habilidades emocionales en la aleximia

tímicos (Jessimer y Markham, 1997; Lane y cols., 1996; Lane y cols., 2000; Mann et al., 1994; Taylor et al., 1999), otros no encuentran diferencias (Berenbaum y Prince, 1994; Fernández-Rivas, 2001; Mayer et al., 1999; McDonald y Prkachin, 1990).

De acuerdo a esto, cabe plantearse si realmente son comparables los estudios. Por una parte, a nivel metodológico se aprecia cómo uno de los aspectos en los que coinciden todos los estudios es en la medida de la alexitimia utilizada –TAS 20–, excepto un estudio (McDonald y Prkachin, 1990) que utiliza la Escala de Sifneos (SSP) lo que hace que se cuestionen sus resultados debido a la baja fiabilidad de la misma. Sin embargo, existen aspectos diferenciales por una parte en cuanto a la estimulación emocional empleada. Varios estudios (Mayer et al., 1990; McDonald y Prkachin, 1990; Jessimer y Markham, 1997; Mann y cols., 1994; Fernández-Rivas, 2001) utilizan las expresiones emocionales propuestas por Ekman y Friesen (1975); otros como Parker et al. (1993b) utilizan las de Izard (1971), mientras que Lane y cols. (1996) y Lane y cols. (2000) aplican la Tarea de Percepción del Afecto (PAT) que incluye tanto estimulación verbal como no verbal. Y también respecto a la forma de presentación (fotografías, diapositivas, escenas, ordenador)

Por último, no se han encontrado trabajos que relacionen la alexitimia con la memoria de reconocimiento de caras utilizando el paradigma de la Teoría de Detección de Señales (TDS). Trabajando con memoria, Lumley y Sielky (2000) encuentran un peor rendimiento en mujeres con alta alexitimia en tareas de memoria a corto plazo, concretamente en memoria de dígitos. Por otra parte, Jacob y Hautekeete (1998) realizan tareas mnésicas de reconocimiento de palabras tanto de valencia positiva como negativa y encuentran que los sujetos alexitímicos muestran dificultades en este tipo de tareas. Tampoco existen evidencias que discriminen específicamente componentes de sensibilidad frente al criterio de respuesta, por lo que nos planteamos si existe o no un patrón diferencial entre los niveles altos y bajos de alexitimia, tanto en el criterio como en la sensibilidad. Las aplicaciones de esta teoría en campos muy diversos de los procesos psicológicos (Cabaco, 1999), puede abrir líneas de investigación para clarificar algunos resultados experimentales aparentemente contradictorios.

Las implicaciones educativas del fenómeno evaluado son importantes si aceptamos que el marco escolar puede ser un medio óptimo para el desarrollo de potencialidades del ajuste individuo-medio (Cabaco, 1998; Cabaco, Izquierdo y Franco, 1996). Así pues, ya sea en contextos escolares o comunitarios las aplicaciones educativas derivadas del conocimiento de la interacción de habilidades de inteligencia emocional (empatía, reconocimiento de la expresión emocional, etc.) son susceptibles

de mejorarse. Un ejemplo de la intervención desde esta perspectiva es la aplicación de programas instruccionales para la mejora de la autorrealización personal y la interacción exitosa con el medio (Cabaco, 2001). Los resultados de la implementación de este tipo de programas han conseguido disminuir la impulsividad y la agresividad, mejorando además la empatía y la asertividad de los niños y jóvenes sometidos a estos programas.

Como se ha señalado en trabajos anteriores (Cabaco, 1995; Jiménez-Díaz, Cabaco y González, 1994; Izquierdo, Jiménez- Díaz y Cabaco, 1994) la detección de los factores de vulnerabilidad puede ayudar a la confección y diseño de programas preventivos que optimicen el pleno desarrollo del potencial humano a nivel individual y social. Este planteamiento se inscribe en la línea de lo preconizado por la OMS en su giro en la concepción de la salud de ausencia de enfermedad a una conceptualización positiva y optimizadora de la misma.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allport, F. H. (1924). *Social Psychology*. Chicago: Houghton.
- Andrew, R. J. (1965). The origins of facial expressions. *Scientific American*, 213, 88-94.
- Beck, L. y Feldman, R. S. (1989). Enhancing children's decoding of facial expression. *Journal of Nonverbal Behavior*, 13, 267-278.
- Berenbaum, H. y Prince, J. D. (1994). Alexithymia and the interpretation of emotion-relevant information. *Cognition and Emotion*, 8, 231-244.
- Boring, E. G. (1950). *A history of experimental psychology* (2ª edición). Nueva York: Appleton- Century- Grofts.
- Buck, R. (1985). Prime theory: An integrated view of motivation and emotion. *Psychological Review*, 92(3), 389-413. Trad. Castellana en L. Mayor (comp.), *Psicología de la emoción. Teoría biológica e investigación*. Valencia: Promolibro, 1988.
- Buck, R. (1988). *Human motivation and emotion*. New York: Jonh Wiley&Sons.
- Cabaco, A.S. (1995). *Indicadores de riesgo en salud mental y estrategias de prevención en la adolescencia*. Salamanca: Publicaciones de la UPSA.
- Cabaco, A.S. (1998). La prevención desde el marco educativo: posibilidades y límites. *Aula Hoy*, 10, 61-66.
- Cabaco, A.S. (1999). Psicofísica: concepto, método y aplicaciones. En E. Munar, J. Roselló y A. S. Cabaco, *Atención y percepción* (pp 201-232). Madrid: Alianza.

Deterioro de las habilidades emocionales en la aleximia

- Cabaco, A.S. (2001). Eficacia de los programas cognitivo-instruccionales en la prevención de la inadaptación infanto-juvenil. *Temas de Psicología*, 7, 229-247.
- Cabaco, A. S., Izquierdo, C. y Franco, P. (1996). Prevenzione ed educacazione: nuove alternative dall'ambito educativo. *Pedagogía e Vita*, 2, 88-97.
- Camras, L. (1977). Facial expressions used by children in a conflict situation. *Child Development*, 48, 1431-1435.
- Cannon, W. B. (1929). Bodily changes in pain hunger, fear and rage. Nueva York: Harpen and Row.
- Cannon, W. B. (1931). Again the James-Lange and the thalamic theories of emotion. *Psychological Review*, 38, 281-295.
- Chóliz, M. (1995). Expresión de las emociones. En E. G. Fernández Abascal (ed.), *Manual de motivación y emoción*. Madrid: Centro de estudios de Ramón Areces.
- Chóliz, M. y Tejero, P. (1995). Neodarwinismo y antidarwinismo en la expresión facial de las emociones en la psicología actual. *Revista de Historia de la psicología*.
- Coyne, J. C. (1976). Toward an interactional description of depression. *Psychiatry*, 39, 28-40.
- Darwin, C. (1872). *The expression of emotions in man and animal*. London: Murray.
- Davis, M. H. (1983). Measuring Individual Differences in Emphaty. Evidence for a Multidimensional Approach. *Journal of Personality and Social Psychology*, 44(1), 113-126.
- Dimberg, U. (1988). Facial electromyography and emotional reactions: *Psychophysiology*, 27, 481-494.
- Ekman, P. (1973). *Darwin and facial expression: A century of research in review*. New York: Academic Press.
- Ekman, P. (1984). Expression and the nature of emotion. En K. R. Scherery P. Ekman (eds.), *Approach to emotion*. Hillsdale: Erlbaum.
- Ekman, P. (1989). The argument and evidence about universals in facial expressions of emotions. En H. Wagner y A. Manstead (eds.), *Handbook of social psychophysiology*. Nueva York: Wiley.
- Ekman, P. (1993). Facial expression and emotion. *American psychologist*, 48(4), 384-392.
- Ekman, P. (1994). Strong evidence for universals in facial expressions: A reply to Russell's mistaken critique. *Psychological Bulletin*, 115, 268-287.
- Ekman, P. y Friesen, W. V. (1975). *Unmasking the face- A guide to recognizing emotions from facial cues*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.

- Ekman, P. y Friesen, W. V. (1978). *Facial Action Coding System*. Palo Alto: Consulting Psychologist Press.
- Ekman, P. y Friesen, W. V. (1982). Felt, false and miserable smiles. *Journal of Nonverbal Behavior*, 6, 238-252.
- Ekman, P., Friesen, W. V. y Ellsworth, P. C. (1972). *Emotion in the human face*. Nueva York: Pergamon Press.
- Ekman, P., O'Sullivan, M. y Matsumoto, D. (1991a). Confusión about context in the judgment of facial expression: A reply to "The contempt expression and the relativity thesis". *Motivation and Emotion*, 15, 169-176.
- Ekman, P., O'Sullivan, M. y Matsumoto, D. (1991b). Contradictions in the study of contempt: What's it all about? Reply to Russell. *Motivation and Emotion*, 15, 293-296.
- Eysenck, M. W. (1973). *On extraversion*. New York: Wiley.
- Fernández Abascal, E. y Palmero, F. (1999). *Emoción y salud*. Barcelona: Ariel.
- Fernández-Rivas, S. (2001). *Atención selectiva y emoción: influencia del nivel de alexitimia en el procesamiento de la información*. Tesis Doctoral. Facultad de Psicología, Universidad Pontificia de Salamanca.
- Fernández-Rivas, S. y Cabaco, A.S. (2002). Hipervigilancia emocional en la alexitimia: Una revisión. *Temas de Psicología*, 8, 127-148.
- Field, T. y Walden, T. A. (1982). Production and perception of facial expression in infancy and early childhood. En H. Reese y L. Lipsitt (eds.), *Advances in Child Development and Behaviour*, 16, Nueva York: Academic Press.
- Fridja, N. H. (1986). *The emotions*. London: Cambridge University Press.
- Gardner, M. y Hatch, T. (1989). Multiple Intelligences go to school. *Educational Researcher*, 8.
- Gibbs, J. C. (1991). Toward an integration of Kohlberg's and Hoffman's Moral Development Theories. *Human Development*, 34, 88-104.
- Goleman, D. (1996). *Inteligencia emocional*. Barcelona: Kairós.
- Heider, F. (1958). *The Psychology of Interpersonal Relations*. Nueva York: John Wiley and Sons.
- Hoffman, M. L. (1990). Empathy and Justice Motivation. *Motivation and Emotion*, 14(2), 151-172.
- Hoffman, M. L. (1992). La aportación de la empatía a la justicia y al juicio moral. En N. Eisenberg y J. Strayer (eds.), *La empatía y su desarrollo* (pp. 59-93). Biblioteca de Psicología. Bilbao: Desclée de Brouwer,.

Deterioro de las habilidades emocionales en la aleximia

- Hogan, R. (1969). Development of an empathy scale. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 33, 307-316.
- Huebner, R. R. e Izard, C. E. (1988). Mothers' responses to infants' facial expressions of sadness, anger, and physical distress. *Motivation and Emotion*, 12, 185-196.
- Isen, A. M. (1984). Toward an understanding of the role of affect in cognition. In R. Wyer y T. Srull (eds.), *Handbook of social cognition*. Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Isen, A. M. (1987). Positive affect, cognitive processes, and social behavior. In L. Berkowitz (ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 20, pp. 203-253). New York: Academic Press.
- Izard, C. E. (1971). *The face of emotion*. New York: Appleton- Century-Crofts.
- Izard, C. E. (1972). *Patterns of emotions: A new analysis of anxiety and depression*. Nueva York: Academic Press.
- Izard, C. E. (1977). *Human Emotions*. New York: Plenum Press.
- Izard, C. E. (1980). Cross-cultural perspectives on emotion and emotion communication. In H. Triandis (ed.), *Handbook of Cross-cultural Psychology*. Boston. Allyn and Bacon.
- Izard, C. E. (1989). The structure and functions of emotions: Implications for cognition, motivation, and personality. In I. S. Cohen (ed.), *The G. Stanley Hall Lecture series (Vol. 9, pp. 39-73)*. Washington, DC: American Psychological Association.
- Izard, C. E. (1991). *The psychology of emotions*. New York: Plenum Press.
- Izard, C. E. (1994). Innate and universal facial expressions: Evidence from developmental and cross-cultural research. *Psychological Bulletin*, 115, 288-299.
- Izquierdo, C., Jiménez-Díaz, L. y Cabaco, A.S. (1994). Valoración comparativa en variables de autocontrol e inadaptación en niños con problemática socio-familiar". Comunicación presentada al V Congreso de Evaluación Psicológica.
- Jacob, S. y Hautekeete, M. (1998). Alexithymie et memorie: Un critere d'acceptation plus rigoureux dans les taches de reconnaissance. *Encephale*, 24(3), 199-204.
- James, W. (1884). What's is an emotion? *Mind*, 9, 188-205. (traducción en Estudios de Psicología, 1985, volumen 21).
- Jessimer, M. y Markham, J. (1997). Alexithymia: A right hemisphere dysfunction specific to recognition of certain facial expressions. *Brain and Cognition*, 34, 246-258.
- Jiménez Díaz, L., Cabaco, A. S. y González, A.(1994). *Trastornos de la Conducta infanto-juvenil*. Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca.
- Klinnert, M. D., Campos, J. J., Sorce, J. F., Emde, M. N. y Suejda, M. (1983). Emotions as Behavior regulators: social referencing in infancy. In R. Plutchik y

- H. Kellerman (eds.), *Emotion: Theory, research, and experience, emotions in early development* (Vol. 2, pp. 57-86). New York: Academic Press.
- Laird, J. D. (1974). Self-attribution of emotion: the effects of expressive behavior on the quality of emotional experience. *Journal of Personality and Social Psychology*, 29, 475-486.
- Lane, R. D. y Schwartz, G. E. (1987). Levels of emotional awareness: A cognitive developmental theory and its application of psychopathology. *American Journal of Psychiatry*, 144, 133-143.
- Lane, R. D., Sechrest, L., Riedel, R., Shapiro, D. y Kaszniak, A. (2000). Pervasive emotion recognition deficit common to alexithymia and the repressive coping style. *Psychosomatic Medicine*, 62(4), 492-501.
- Lane, R. D., Sechrest, L., Riedel, R., Weldon, V., Kaszniak, A. y Schwartz, G. E. (1996). Impaired verbal and nonverbal emotion recognition in alexithymia. *Psychosomatic Medicine*, 58, 203-210.
- Lazarus, R. S. (1984). On the primacy of cognition. *American Psychologist*, 46, 352-367.
- Leeper, R. W. (1948). A motivational theory of emotion to replace "emotion as a disorganized response". *Psychological Review*, 55, 5-21.
- Leeper, R. W. (1970). The motivational and perceptual properties of emotions as indicating their fundamental character and role. In M. B. Arnold (ed.), *Feelings and emotions* (pp. 152-168). New York: Academic Press.
- Lumley, M. A. y Sielky, K. (2000). Alexithymia, gender, and hemispheric functioning. *Comprehensive Psychiatry*, 41(5), 352-359.
- MacLean, P. D. (1970). The triun brain, emotion, and scientific bias. En F. Schmidt (ed.), *The Neurisciences Second Study Program* (pp. 336-349). Nueva York: Rockefeller University Press.
- Mandler, G. (1975). *Mind and Emotion*. Nueva York: John Wiley and Sons.
- Mandler, G. (1990). A constructivist theory of emotion. En W. L. Stein, B. Leventhal y T. Tabasso (eds.), *Psychological and Biological Approaches to Emotion*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Mann, L. S., Wise, T. N., Trinidad, A. y Kohanski, J. (1994). Alexithymia, affect recognition, and the five-factor model of personality in normal subjects. *Psychology Reports*, 74, 563-567.
- Mayer, J. D., DiPaolo, M. y Salovey, P. (1990). Perceiving affective content in ambiguous visual stimuli: A component of emotional intelligence. *Journal of Personality Assessment*, 54, 772-781.

Deterioro de las habilidades emocionales en la aleximia

- Mayor, L. M. (1998). Emociones. En A. Puente Ferreras (Ed.), *Cognición y emociones*. Madrid: Pirámide.
- McDonald, P. W. y Prkachin, K. M. (1990). The expression and perception of facial emotion in
- Mehrabian, A. y Epstein, N. (1970). A measure of emotional empathy. *Journal of Personality*, 40, 525-543.
- Mowrer, O. H. (1939). A stimulus-response analysis of anxiety: its role as a reinforcing agent. *Psychological Review*, 46, 553-556.
- Oatley, K. y Jenkins, J. M. (1992). Human emotions: function and dysfunction. *Annual Review of Psychology*, 43, 55-85.
- Ortony, A. y Turner, T. J. (1990). What's basic about basic emotions? *Psychological Review*, 97, 315-331.
- Palmero, F. y Fernández Abascal, E. (1998). *Emociones y adaptación*. Barcelona: Ariel.
- Papez, J. W. (1937). A proposed mechanism of emotion. *Archives of Neurology and Psychiatry*, 38, 725-743.
- Parker, J. D., Taylor, G. J. y Bagby, R. M. (1992). Relationship between conjugate lateral movements and alexithymia. *Psychotherapy and Psychosomatics*, 57(3), 94-101.
- Parker, J. D., Taylor, G. J. y Bagby, R. M. (1993b). Alexithymia and the recognition of facial expressions of emotion. *Psychotherapy and Psychosomatics*, 59(3-4), 197-202.
- Parker, J. D., Taylor, G. J. y Bagby, R. M. (2001). The relationship between emotional intelligence and alexithymia. *Personality and Individual Differences*, 30(1), 107-115.
- Pérez-Delgado, E. y García Ros, R. (1991). *La psicología del desarrollo moral*. Madrid: Siglo XXI.
- Plutchik, R. (1980a). A general psychoevolutionary theory of emotion. En R. Plutchik y H. Kellerman (eds.), *Emotion: Theory, research, and experience. Theoria of emotion. (volumen 1)*. Nueva York: Academic Press.
- Plutchik, R. (1980b). *Emotion: A psychoevolutionary synthesis*. NY: Harper&Row.
- Pribram, K. H. (1984). Emotion: A neurobehavioral analysis. En K. R. Scherer y P. Ekman (eds.), *Approaches to emotion*. Hillsdale, N. J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Reeve, J. (1994). *Motivación y emoción*. Madrid: McGraw-Hill.

- Rosenthal, R. (1979). *Skill in Nonverbal Communication: Individual Differences*. Cambridge: Oelgeschlager, Gunn.
- Russell, J. A. (1991a). The contempt expression and the relativity thesis. *Motivation and Emotion*, 15, 149-168.
- Russell, J. A. (1991b). Rejoinder to Ekman, O'Sullivan and Matsumoto. *Motivation and Emotion*, 15, 177-184.
- Russell, J. A. (1991c). Negative results on a reported facial expression of contempt. *Motivation and Emotion*, 15, 281-291.
- Russell, J. A. (1994). Is there universal recognition of emotion from facial expressions? A review of the cross-cultural studies. *Psychological Bulletin*, 115, 102-141.
- Russell, J. A. y Fehr, B. (1987). Relativity in the perception of emotion in facial expressions. *Journal of Experimental Psychology: General*, 116, 223-237.
- Salovey, P. y Mayer, J. D. (1990). Emotional Intelligence. *Imagination, Cognition and Personality*, 9, 185-211.
- Schachter, S. y Singer, J. E. (1962). Cognitive, social and psychological determinants of emotional state. *Psychological Review*, 69, 379-399.
- Scherer, K. R. (1988). *Facets of emotion: Recent Research*. Hillsdale, N. J: Lawrence Erlbaum Associates.
- Schiffenbauer, A. (1974). When will people use facial information to attribute emotion?: The effect of judge's emotional state and intensity of facial expression on attribution of emotion. *Representative Research in Social Psychology*, 5, 47-53.
- Schlosberg, H. (1954). Three dimensions of emotion. *Psychological Review*, 61, 81-88.
- Stagner, R. (1948). *Psychology of Personality*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Taylor, G. J., Parker, J. D. y Bagby, R. M. (1999). Emotional intelligence and the emotional brain: points of convergence and implication for psychoanalysis. *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 27(3), 339-354.
- Tomkins, S. S. (1962). Affect, Imagery, Consciousness. Vol 1. *The positive affects*. New York. Springer
- Tomkins, S. S. (1963). Affect, Imagery, Consciousness. Vol 2. *The negative affects*. New York: Springer.
- Tomkins, S. S. (1970). Affect as the primary motivational system. In M. B. Arnold (Ed.), *Feelings and emotions* (pp. 101-110). New York: Academic Press.
- Tourangeau, E. y Ellsworth, P. (1979). The role of facial response in the experience of emotion. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 1519-1531.

Deterioro de las habilidades emocionales en la aleximia

- Vaughan, K. B. y Lanzetta, J. T. (1980). Vicarious instigation and conditioning of facial expressive and autonomic responses to a model's expressive display of pain. *Journal of Personality and Social Psychology*, 38, 903-923.
- Wallbott, H. G. (1991). Recognition of emotion from facial expression via imitation? Some indirect evidence for an old theory. *British Journal of Social Psychology*, 30, 207-219.
- Wallbot, H. G. y Scherer, K. R. (1986). Cues and channels in emotion recognition. *Journal of Personality and Social Psychology*, 51, 690-699.
- Watson, J. B. y Rayner, R. (1920). Conditioned emotional reactions. *Journal of Experimental Psychology*, 3, 1-14.
- Woll, S. B. y Martínez, J. M. (1982). The effects of biasing labels on recognition of facial expressions of emotion. *Social Cognition*, 1, 70-82.
- Woodworth, R. S. (1918). *Dynamic Psychology*. New York: University Press.
- Wundt (1897/1969) *Outlines of Psychology*. New York: G. E. Stechert.
- Zajonc, R. B. (1984). On the primacy of affect. *American Psychologist*, 39, 117-123.